

sucitado. ¿Y por qué todo este ruido? Porque los Españoles se negaban á dejarse robar por los contrabandistas ingleses, y porque el cardenal Fleury conocia la necesidad de conservar el equilibrio en el mar del mismo modo que Inglaterra lo mantenía entre las potencias continentales. ¿Y quién tenía siempre la palabra equilibrio en los labios, y quién lo rompía, aspirando á la monarquía de los mares por todos los medios, y en caso de necesidad por la piratería? (1).

Para hacer frente á la Inglaterra, los Borbones de Francia y de España renovaron el pacto de familia. Si hubiese habido un Richelieu al frente del ministerio frances, hubiera llevado la guerra á las Indias en lugar de agotar las fuerzas de la Francia en una guerra continental, en la que nada podía ganar, áun cuando la fortuna hubiera favorecido sus pretensiones. Pero las queridas de Luis XV, y los ambiciosos que se apoyaban en su autoridad, no tenían talla para continuar la política del gran cardenal; hicieron una especie de caricatura de ella, pretendiendo la ruina de la casa de Austria. No encontraron para humillar á la Inglaterra más medio que hacer venir al pretendiente. No veían que al atacar á la nacion inglesa en su libertad y en su religion, legitimaban las represalias. De represalias en represalias se llegó á la violacion de todo derecho. La Francia quiere repartir el Austria. El Austria, unida á la Inglaterra, quiere desmembrar la Francia. El pretendiente, apoyado en la Francia y la España, quiere expulsar á la casa de Hanover. Todos aquellos proyectos violentos fracasaron.

La paz de Aix-la-Chapelle mantuvo poco más ó menos á la Europa en la situacion en que se encontraba ántes de la guerra.

§ V.—La paz de Aix-la-Chapelle.

El historiador de la diplomacia francesa dice que la paz de Aix-la-Chapelle hubiera podido ser firmada lo mismo ántes del principio de las hostilidades que despues de ocho años de una guerra

(1) RANKE, *Preussische Geschichte*, t. III, p. 182 y sig.

cruel. «¿Por qué, dice, se ha derramado tanta sangre? Por proporcionar un pequeño ducado italiano á D. Felipe, aquel infante de España que áun no estaba establecido, y por dar un trozo de la Lombardía al rey de Cerdeña!» (1). Al apreciar la paz de Aix-la-Chapelle no se deben considerar únicamente los resultados materiales, los aumentos de territorio que consagró; hay que ver cuáles eran los proyectos de los que comenzaron la guerra, ó que intervinieron en ella. Durante toda la guerra de sucesion, se hicieron proyectos que tendían al cambio de la constitucion europea. Emprendida para repartir la monarquía austriaca, hubiera podido conducir tambien al desmembramiento de la Francia ó á un cambio de dinastía en Inglaterra. Ninguno de aquellos aventureros proyectos se realizó. Es verdad que María Teresa perdió la Silesia, y que tuvo que hacer algunos sacrificios en Italia en beneficio de los Borbones y de la Cerdeña; pero esto no impidió al Austria seguir siendo una de las grandes potencias de la Europa. Puede decirse que se conservó el equilibrio europeo.

Hé aquí un resultado que, áun siendo negativo, debe ser tomado en consideracion. Los príncipes ó los ambiciosos que se autorizaban con su nombre, repartían la Europa como si hubiese sido una tierra sin dueño, sin preocuparse de ningun derecho, de ninguna posesion por antigua que fuese, hollando todo compromiso, todo tratado. Pero resultó que el derecho, las posesiones, los tratados, de que tan poco caso se hacía, tenían su valor y que en definitiva habia más poder en las ideas que en la fuerza. ¿Quién no hubiera creído que habia llegado el fin de la monarquía austriaca cuando las armas francesas estaban á las puertas de Viena y cuando Federico acampaba vencedor en la Silesia? Sin embargo, la jóven reina, que al principio de la guerra no sabía dónde daría á luz el niño que llevaba en su seno, salió victoriosa de la lucha. Triunfó, pues, la política del equilibrio. Hay que agradecerlo á la Providencia más bien que á los hombres. Indudablemente los Ingleses jugaron un gran papel en aquel sangriento debate, pero hemos debido negarles la inspiracion generosa de que hacían alarde, para no dejarles más que el móvil del interes. Felizmente su

(1) FLASSAN, *Historia de la diplomacia francesa*, t. v, p. 433.

interés estaba en armonía con el derecho y la libertad de la Europa. Este beneficio lo debemos á Dios. Saquemos de aquí esta enseñanza: que los pueblos, lo mismo que los individuos, deben consultar, no su interés, sino su deber; en definitiva, hallarán que, cumpliendo su deber, han mirado al propio tiempo por sus intereses, sino por los del momento, al ménos por los del porvenir.

La Francia, cuya ambición habia encendido la guerra, no conservó ninguna de sus conquistas. Esta, dicen los escritores políticos (1), era una señal de decadencia. Según los plenipotenciarios franceses, en el congreso de Aix-la-Chapelle iban á cumplir las palabras de su señor « que queria hacer la paz, no como comerciante, sino como rey. » *Voltaire* se dejó engañar por estas sonoras palabras: « Pareció más noble, dice, y hasta más útil á la corte de Francia el pensar exclusivamente en la utilidad de sus aliados, que el hacerse dar dos ó tres ciudades de Flándes, que hubieran sido un motivo eterno de envidia. » El historiador de Luis XV olvida que la Francia habia empezado la guerra; sin su apoyo, el duque de Baviera no hubiera entrado en la liza contra la casa de Austria, y la España y la Cerdeña no hubieran pensado en reivindicar la herencia de María Teresa. ¿Era por sus aliados por lo que Luis XV queria arruinar á la casa de Austria? ¿Era por ellos por lo que habia estipulado en el tratado de Nymphenburgo que sus conquistas en los Países-Bajos le serian respetadas? Si es bello terminar una guerra con generosidad, lo sería mucho más el no haberla comenzado. Este alarde de desinterés no ilusionó á la nación francesa, á pesar de que tiene inclinación á los sentimientos generosos. Los contemporáneos nos manifiestan que el pueblo de París, por necesaria que fuese la paz, la acogió con descontento. *Barbier* cuenta que las sardineras, cuando disputaban, solian decirse: *Eres más estúpida que la paz*. La nación se sentía humillada con la expulsión violenta del pretendiente, después de haberlo llamado á Francia, juguete mísero de una política sin corazón; se sentía humillada de ver reaparecer en Dunkerque un comisario inglés, encargado de velar por la destrucción de las fortificaciones; en fin, veía que una guerra emprendida para dar á la Francia la dominación

(1) El conde de GARDEN, *Historia de los tratados de paz*, t. III, p. 392.

del continente, acababa cubriéndola de vergüenza (1). La humillación era merecida. La Francia, despreciando sus compromisos, sin más motivo que una loca ambición, habia formado una coalición europea para despojar á María Teresa de la herencia de sus padres. Era justo que saliese perdiendo y abatida de una guerra emprendida con tan culpable ligereza.

Federico no tenía más derecho á la Silesia que la Francia á la monarquía austriaca. Pero al ménos obedecía á una necesidad política. La Prusia no podia seguir siendo un Estado problemático participando á la vez de los caracteres de un electorado y de un reino. Federico quiso hacer de ella una gran potencia y lo consiguió. A nuestros ojos, no le justifica el resultado. La historia debe reprobar siempre el desprecio del derecho; sean los que se quieran los resultados providenciales de una guerra injusta, la guerra no por esto se hace justa. Los designios de la Providencia son un misterio para el hombre; ni legitiman las acciones de éste ni las condenan. ¿Cuál era la misión providencial de Federico? ¿El engrandecimiento de la Prusia es un primer paso hácia la unidad de la Alemania? El porvenir decidirá si la fundación de la monarquía prusiana es una compensación del derecho violado, y de la sangre derramada en las guerras de Silesia y en la terrible guerra de los Siete años que va á seguir.

La Italia también se vió arrastrada á la guerra de la sucesión de Austria. Inútil es decir que no se trata de la nación. No se hacía caso de las naciones en el siglo XVIII, y la Italia, más que cualquier otro pueblo, se veía disputada por príncipes extranjeros. Unas veces la casa de Austria queria arrojar á los Borbones, y otras veces los Borbones querian arrojar á los austriacos. La paz de Aix-la-Chapelle dió un nuevo trono en Italia á un Borbon español. De aquí resultó una especie de reparto de la Península entre príncipes austriacos y príncipes españoles. No ha faltado quien ha visto en esta distribución un equilibrio italiano y un primer paso hácia la independencia de Italia (2). Pero precisamente este fracciona-

(1) BARBIER, *Diario*, t. III, p. 63.—*Vida privada de Luis XIV*, t. II, p. 300.

(2) SAINT-MARC GIRARDIN, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1859, t. IV, página 319.

miento la hacía impotente contra la influencia de la dominación austriaca. Todo lo que puede decirse es que, siendo todavía la Italia incapaz de conquistar su libertad, era una ventaja el que no cayese por completo bajo el yugo del extranjero: el fraccionamiento dejaba al menos una puerta abierta á los esfuerzos del porvenir.

Federico II critica el que la paz de Aix-la-Chapelle no haya sido más que una tregua. «Las potencias, dice, sacrificaban á la dificultad presente de sus negocios los intereses del porvenir; por una parte apagaban el incendio que consumía á la Europa; y por otra amontonaban materiales combustibles para que se inflamasen en la primera ocasión» (1). Es verdad que la Francia hizo la paz, como había emprendido la guerra, sin motivo ni razón; una querida había deseado la guerra en 1740, y otra quiso la paz en 1748. María Teresa sólo consintió en la paz por la fuerza; fué preciso que la Inglaterra, su aliada, la obligase para que se resignase á los sacrificios que le imponía el tratado de Aix-la-Chapelle; no firmó sino con la reserva mental de reconquistar la Silesia. En cuanto á la Inglaterra, había conseguido su objeto; la marina francesa estaba arruinada, y los Ingleses estaban bien decididos á no permitir á sus rivales que volvieran á restablecerla. La paz no era, pues, definitiva. Pero ¿puede haber una paz verdadera mientras los príncipes no se propongan más que un interés egoísta, y mientras los pueblos estén persuadidos de que la destrucción del comercio de sus vecinos es la condición de su grandeza?

(1) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 2. (Obras, t. IV, p. 15.)

CAPITULO IV.

GUERRA DE LOS SIETE AÑOS.

§ I. — La Inglaterra y la Francia.

I.

«Todo el mundo sabe que la pesca de la merluza, disputada por Ingleses y Franceses, juntamente con algunas tierras incultas del Canadá, ha dado lugar á la guerra cruel que affige al continente» (1). Esta apreciación de las causas de la guerra de los Siete años por el héroe de aquella sangrienta lucha, se debe á una doctrina que tiende á despreciar y casi á rebajar la especie humana, buscando pequeñas causas para los grandes acontecimientos. Cuando se trata de príncipes y de queridas, la doctrina tiene su parte de verdad; y aún entónces es preciso mirar si sus miserables pasiones son las únicas causas que entran en juego, ó si son instrumento de una ambición más elevada ó de intereses más graves que los que se tratan en sus gabinetes. La guerra de los Siete años, sostenida entre Inglaterra y Francia, no fué provocada por intrigas de córte; la nación inglesa fué quien la provocó, y el móvil que la inspiró seguía siendo el mismo que en 1740 había hecho acoger la guerra contra la España con trasportes de entusiasmo: la ambición de la dominación marítima.

(1) FEDERICO II, *Apología de mi conducta política*, Julio, 1757. (Obras, tomo XXVII, P. 3.^a, p. 279.)